

Consideraciones filosóficas sobre algunos acontecimientos recientes

por Alain Badiou

Este texto reproduce la versión dactilografiada de la conferencia pronunciada por su autor el 26 de octubre de 2001 en la Escuela Normal Superior de Rue d'Ulm en París, un mes y medio después de los ataques en Nueva York y Washington. Un fragmento de esta conferencia fue publicada en *La Distance Politique*, nos. 36-37 (enero-febrero 2002).

Método

Ante la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York por aviones cuyos pasajeros, junto con sus neopilotos, esos usurpadores asesinos, fueron transformados en proyectiles incendiarios, ha habido por todos lados la evidencia del afecto. Incluso para aquellos –cuantiosos, centenares de miles de seres humanos: todos los enemigos de la lúgubre y solitaria superpotencia americana– que se alegraron más o menos secretamente, de lo que se trataba era no obstante de un increíble crimen de masa. “Atentado” es una palabra inapropiada, evoca las bombas nihilistas bajo el carruaje del Zar, o el atentado de Sarajevo; tiene una resonancia “fin de siècle”, pero del otro siglo. En este principio de milenio, la evidencia del afecto registra la extraordinaria combinación de violencia, calma, silenciosa perseverancia, organización, indiferencia al fuego, al suplicio y a la destrucción que hacen falta para obtener en esas condiciones técnicas refinadas la matanza, en el corazón de una gran capital, de varios miles de personas anónimas, de trabajadores ordinarios. Se trata de un enorme asesinato, largamente meditado y sin embargo silencioso. Nadie lo reivindica. Es por eso, porque busca en el anonimato y con la más perfecta crueldad cómo desestabilizar ciegamente una situación “normal”, que podemos decir que formalmente ese crimen de masa evoca la concepción fascista de la acción. Y, por consiguiente, hay en el mundo entero, independientemente de la posición inmediata –devastada o cómplice– de sus almas, una estupefacción paralizada, una suerte de incredulidad paroxícticamente denegada: el afecto que señala un desastre.

La filosofía, por cierto, debe registrar la evidencia de ese afecto. Pero no por ello es menor su tarea de no quedarse satisfecha con ella. La religión puede declarar que confía en las evidencias del corazón. El arte, dice Gilles Deleuze, pone en forma perceptos y afectos. La filosofía, por su parte, debe –tal es su árido destino– llegar al concepto, por más traumático que sea aquello por lo que se abre su investigación, o por lo que se emprende su construcción.

A la labor filosófica se propone entonces una segunda evidencia, ya no la del afecto, sino la del nombre: el nombre “terrorismo”. Esa evidencia nominal (que el crimen masivo de Nueva York, señalado por el afecto del desastre, sea una acción terrorista), a partir de ese momento, desempeña un papel fundamental. Fijando el nombramiento del enemigo, esa evidencia cementa la coalición mundial, autoriza a la ONU a declarar que los Estados Unidos están en condiciones de “legítima defensa”, y compromete la programación de objetos para la venganza. Más profundamente, la palabra “terrorismo” tiene una triple función:

acontecimiento N° 23 - 2002

1. Determina un sujeto, aquel al que se dirige el acto terrorista, aquel que es golpeado, enlutado, y que debe conducir un contraataque vengativo. Ese sujeto, según la opción, es “nuestras sociedades”, o “el Occidente” o “las democracias”, o incluso “América”, pero al precio, rápidamente pagado por los editorialistas, de que “nosotros” seamos “todos americanos”.
2. Sirve de base para los atributos. En este caso, el terrorismo será “islamita”.
3. Determina toda la secuencia en curso, ahora considerada como aquella secuencia de “la guerra contra el terrorismo”. Una larga guerra, se nos advierte. Toda una época. La “guerra contra el terrorismo islamita” sucede, en resumen, a la guerra fría (o caliente: Corea, Vietnam, Cuba...) contra el comunismo.

Aquí también, la filosofía, si bien registra como un síntoma importante la evidencia omnipresente de la palabra “terrorismo”, tiene el deber de examinar su procedencia y su alcance.

En suma, la filosofía no es nunca transitiva al afecto, por más compartido que sea éste. Un crimen es un crimen, claro está. Pero las consecuencias de un crimen, incluso si es formalmente fascista, no pueden ser mecánicamente otros crímenes. Y esa apelación (“crimen”) debe dar cabida a los crímenes de Estado, incluyendo los crímenes – innumerables– cometidos por los Estados “democráticos”. Sabemos, por lo menos desde la *Orestiada* de Esquilo, es decir desde hace mucho tiempo, que la cuestión es siempre saber cómo reemplazar la venganza con la justicia.

Luego, la filosofía no acepta sin examen crítico, por más comunes que sean, las nominaciones dominantes. La filosofía sabe que en general esas nominaciones están bajo el control de los poderes establecidos y de su propaganda.

Procederemos, pues, a un examen minucioso de los nombres. Empezaremos con el nombre central, “terrorismo”. Luego, a partir de él, someteremos a la crítica el tríptico del atributo (“islamita”), del sujeto (“el Occidente”) y de la secuencia (“guerra contra el terrorismo”).

¿Terrorismo?

Originalmente, un “terrorista” es alguien que legitima y practica el Terror. Es una designación objetiva, que no es difamatoria sino para los adversarios políticos. Así, los grandes jacobinos del Comité de Salud Pública, durante la Revolución Francesa, se afirmaban “terroristas” sin complejo. Ponen oficialmente el Terror “al orden del día”. Designan con ello una indivisión total y provisoria, justificada por circunstancias excepcionales (la guerra externa y civil) del poder político y del poder judicial, el uso represivo de procedimientos eficaces y sin apelación, el recurso muy extenso a la pena de muerte. El Terror es pensado explícitamente como necesidad contingente (Robespierre era conocido por su oposición categórica, de principio, contra la pena de muerte) allí donde la “virtud” política –es decir, la convicción republicana– es aún demasiado precaria para asegurar ella sola la victoria sobre la enorme coalición de contra-revolucionarios nacionales y extranjeros. Como preguntará Saint-Just: “¿Qué quieren los que no quieren ni la virtud ni el terror?”. Les termidorianos darán la respuesta: quieren el fin de la revolución, el reino de la corrupción, el sufragio exclusivo de los ricos.

Es extraordinario cómo, poco a poco, la palabra “terrorista”, que claramente calificaba una figura particular del ejercicio del poder, ha logrado significar exactamente lo contrario. Desde hace mucho tiempo, en efecto, “terrorista” es la palabra con la cual los Estados designan a cualquier adversario violento y/o armado, precisamente por su carácter no estatal. Así sucede, trátase de los terroristas rusos a finales del siglo pasado; de todos aquellos de la tradición anarquista, inclusive en Francia, la “banda de Bonnot”; así, también, trátase del personaje de Chen, en *La condición humana*, el cual encarna ya la decisión del atentado suicida, a quien, sin justificarlo políticamente, Malraux otorga una

grandeza terrible. La palabra finalmente acaba designando –y allí adquiere su connotación negativa– desde el punto de vista de los dominantes, todos aquellos que emprenden, con los medios disponibles, el combate en contra del orden que juzgan inaceptable. “Terroristas” son los resistentes antinazis según Pétain y sus milicias; “terroristas”, los patriotas algerianos del FLN según los gobiernos franceses, sin excepción, entre 1954 y 1962; “terroristas”, también, los combatientes palestinos según el Estado de Israel, así como los chechenos según Putin y su clan. “Terrorista”, por fin, según Bush y su opinión patriótica servil, es la nebulosa y por lo demás muy opaca agrupación de los que tienen en la mira los bienes y las vidas americanos.

Hay que decirlo: al final de su evolución semántica, “terrorista” es hoy un vocablo intrínsecamente propagandístico. No tiene ninguna legibilidad neutra. Dispensa de todo examen razonado de las situaciones políticas, de sus causas y de sus consecuencias.

De hecho, es un vocablo que se ha vuelto esencialmente formal. “Terrorista” ya no designa una orientación política o una posibilidad de tal o cual situación, sino exclusivamente la forma de la acción. Y eso según tres criterios. Para la opinión dominante y los que la forjan, es “terrorista”, primero, una acción espectacular no estatal que proviene –en la realidad o en la mitología– de redes clandestinas; luego, una acción violenta, cuyo objetivo es matar o destruir; por último, una acción que no establece ninguna distinción entre civiles y combatientes.

Ese formalismo tiende la mano al formalismo moral de Kant. Es la razón por la cual un especialista de “filosofía moral” como Monique Canto ha creído poder declarar que la condena absoluta de las acciones “terroristas” y la aprobación simétrica de las represalias, incluyendo las de Sharon en Palestina, podían y debían preceder a cualquier examen de la situación. Tratándose de terrorismo, como explicó esa Dama de acero de nueva cuña, explicar es ya justificar. Conviene pues castigar inmediatamente y sin otra investigación. “Terrorista”, de ahora en adelante, califica a una acción como figura formal del Mal. Por lo demás, es así como Bush, desde el principio, ha concebido el despliegue de la venganza: el Bien (en los hechos, terrorismo estatal contra los pueblos de campesinos y antiguas ciudades de la Asia central) contra el Mal (terrorismo no estatal contra los edificios “occidentales”).

Es en este punto donde toda racionalidad corre el riesgo del derrumbe ante la enormidad de la evidencia propagandística donde hay que tomar en cuenta los detalles. En particular, hay que examinar los efectos de la cadena nominal inducida por el paso del adjetivo “terrorista”, que formalmente califica una acción, al sustantivo “terrorismo”, o “el terrorismo”. Es en efecto en este momento cuando, insidiosamente, la forma se vuelve sustancia. Y donde se vuelven posible un efecto de sujeto (de cara al “terrorismo”, hay un “nosotros” que busca vengarse), un efecto de alteridad (ese terrorismo es el Otro de la civilización, el bárbaro “islamita”) y finalmente un efecto de periodización (comienza la larga “guerra contra el terrorismo”).

¿Quién es el “nosotros” que hace frente al “terrorismo”?

Es claro que “el terrorismo” es una sustancia inexistente, un nombre vacío. Pero ese vacío es valioso, ya que se puede llenar. Y en primer lugar, como siempre (como para “el nazi” o “el judío”), por aquello que se supone que se le enfrenta (“el francés” o “el ario”). En este caso: frente al terrorismo, hay un “nosotros” que se defiende. Digamos que fuera de América o de los Estados Unidos –nombre suficiente para el patriotismo imperial americano pero no para la coalición antiterrorista, salvo si “todos somos americanos”, lo que incluso los antiterroristas convencidos **temen** afirmar–, se han encontrado tres nombres a ese “nosotros” que se enfrenta de cara a la bestia: un nombre peligroso pero fuerte, “Occidente”; un nombre neutro, “nuestras sociedades”; un nombre legitimador, “las democracias”.

En cuanto al primero de esos nombres, lamento tener que observar que la filosofía se ha comprometido desde hace mucho con él, desde *La decadencia del Occidente*, best-seller de Spengler a principios del siglo veinte, o también en nuestros días con el “fin de la metafísica occidental”. Hasta en la oposición del Occidente (¿cristiano? ¿judío?) contra el “terrorismo islamita”, se escuchan ecos de esa apropiación “occidental” del pensamiento, que sólo es la huella intelectual de cuatro siglos de imperialismo. Por lo demás, recordemos para los jóvenes que, durante décadas, el uso político de la palabra “Occidente” se ha limitado a la extrema derecha racista, hasta el punto de ser el nombre de uno de sus grupúsculos más violentos en Francia. Me parece que la letanía de atrocidades coloniales en el mundo entero, la salvajez de las matanzas mundiales, las guerras de liberación nacional en Asia, Medio Oriente y África, las rebeliones armadas en América Latina, el valor universal de la Revolución China, la esterilidad febril del mundo en el que vivimos, bastan para que los que ven que “los valores de Occidente” se oponen al “terrorismo”, saquen la conclusión de que “terrorismo” es sin duda una palabra hueca.

Cuando se habla de “nuestras sociedades” y se declara que “el terrorismo” les ha querido “golpear en el corazón mismo” o “desestabilizarlas”, estarán de acuerdo que o bien se quiere decir todavía “Occidente”, pero de manera pudorosa, o bien se refiere a un paradigma material, a cierto estado objetivo de riqueza, que por sí solo no tiene ningún valor para el filósofo y no podría fundar ninguna solidaridad consistente. Si eso no es el caso, ¿por qué el crimen de Nueva York implicaría a “nuestras sociedades”, mientras que éstas no se sienten implicadas en absoluto en los millones de muertos de SIDA en África, o por los desastres genocidas en Ruanda? “Nuestras sociedades”, que designan de manera ligeramente obscena el bienestar muy relativo de los grupos humanos (minoritarios) más ricos del planeta, no es exactamente un término presentable para oponerlo a la supuesta sustancia del “terrorismo”. Incluso si Monique Canto, otra vez ella, estima que es más filosófico, además de indispensable en la situación actual, recordarnos que ser rico no es una falta moral. Algo que no le concederemos, a contrapelo de su ardor formalista, sino al final de un examen detallado y concreto de los orígenes de esa riqueza. Porque es muy posible que toda riqueza realmente considerable se encuentre en efecto implicada, necesariamente, en ciertos crímenes de los que no se puede dudar.

Queda el nombre propagandístico fundamental: lo que se ataca en el “terrorismo”, son las democracias, en el corazón de las cuales se encuentra, como todos sabemos, esa democracia ejemplar que son los Estados Unidos de América. Como te dirá cualquier patriota de allá, “we are a free country”, eso es lo que los fanáticos saudíes han querido mutilar. Finalmente, la fórmula del consenso es la siguiente: “el terrorismo contra la democracia”. Según la aplastante mayoría de nuestros contemporáneos, es decir: aquí, en este cansado país “democrático” que es Francia, el espacio de inscripción política del crimen masivo en Nueva York se da en esta fórmula. Es ella la que neutraliza las reacciones, y lleva consigo el apoyo general, aún si un tanto quejumbroso, que se otorga a la guerra estadounidense. Finalmente se admite, en cualquier caso, que las democracias, vista su excelencia, si el “terrorismo” las ataca, tienen el derecho de vengarse. Queda por saber contra quién ejercer esas legítimas represalias.

El “terrorismo”: sustancia y atributos

Proponemos un enunciado filosófico preciso: toda sustancialización de un adjetivo formal necesita un atributo dominante. Si uno pasa del adjetivo “terrorista”, que califica una acción por su forma, a “el terrorismo”, que es un sustantivo vacío, no se puede esperar “llenar” ese vacío únicamente mediante su opuesto (el Occidente, la Democracia, etcétera). También hay que otorgarle un atributo (así como, finalmente, hacia 1914, se necesita que “el nazi” sea bestial, o –a diferencia del francés reflexivo y cartesiano– entregado a oscuras fuerzas instintivas, mientras que el judío, hacia 1933, debe ser cosmopolita y abstracto –a diferencia

del ario, ligado a la tierra y a la sangre-). Hoy, el supuesto apoyo sustancial que se llama “el terrorismo” no tiene ningún ser excepto al recibir el atributo “islamita”.

¿Cuál es el valor exacto de ese atributo? Podríamos limitarnos diciendo que ya se ha corrompido por su función, la cual busca darle una apariencia de color histórico al “terrorismo”. Por sí solo, el valor de este atributo se reduce a la constatación de que hay una instrumentalización política de la religión, lo cual es también una vieja historia “occidental”: no datan de hoy las alianzas retorcidas entre el sable y el crucifijo. La interferencia de la religión y todo tipo de procesos políticos, inclusive violentos, en cualquier caso no es exclusiva del Islam. Se observará que en la época –en Polonia por ejemplo– cuando la religión (esta vez, el catolicismo) hacía ese gran papel en la resistencia contra los Estados comunistas, las “democracias” se felicitaban por ello.

En el caso que nos concierne, el de Bin Laden –si es de él que se trata, lo cual nadie hasta hoy ha logrado probar– sabemos con certeza que el punto de partida es un conjunto de maniobras de una extraordinaria complejidad en torno a la mana petrolera en Arabia Saudita, y que el personaje es en síntesis un muy buen americano: alguien a quien lo que importa es la riqueza y el poder y al que le preocupan bien poco los medios para conseguirlos. También lo son sus rivales y compadres del poder en la región. Porque en cuanto a la idea de hacer que domine el terror en nombre del Islam puro y duro, los soberanos de Arabia Saudita saben algo al respecto sin que ninguna “democracia”, que yo sepa, haya pedido jamás que una armada de B-52 los aplastara. Se sospecha pues fuertemente que para esos demócratas hay dos tipos de “terrorismo islamita”. El primero, apoyado por los estadounidenses y, por consiguiente, amigo de “nuestras sociedades” debe ser, si no admirado, al menos tolerado. Escondamos la cara y pasemos. El segundo, que en sus cálculos tortuosos, viene a golpearlos a “nosotros”, hay que estigmatizarlo y aniquilarlo bajo las bombas. Finalmente, hay que saber dónde se ubica uno exactamente con respecto al acceso al petróleo.

De paso, subrayemos la virtud profética de Wagner, cuando pone en escena, en su *Tetralogía*, la maldición que cae sobre el oro del Rin. Es en efecto una de las grandes maldiciones modernas la de tener en el subsuelo el equivalente de ese oro. Los diamantes de África del Sur, el estaño de Bolivia, las piedras preciosas del Congo o de Sierra Leone, el petróleo del Medio Oriente o de Angola: tantas regiones o países bajo fuego y sangre, objetos de cálculos cínicos y rapaces porque la gestión planetaria de sus fuentes minerales se les escapa necesariamente. En cuanto a esos terribles desastres, dicho sea de paso, no parece que “nuestras sociedades”, nuestras paradigmáticas “democracias” saquen la menor conclusión. En cualquier caso, Bin Laden si, como el dios Wotán, habla mucho y de manera un tanto confusa sobre el destino y la religión, parece que su preocupación es más bien saber cómo hacerse con el oro negro y así heredar la colección de Nibelungos que son las monarquías petroleras del Golfo.

Es muy importante observar que la instrumentalización política de la religión ha sido, a su vez, instrumentalizada por los Estados Unidos mismos. Es una de las grandes constantes de su política a lo largo de las décadas. Por miedo a la influencia soviética, han combatido todo lo que se parezca de cerca o de lejos a una política laica en el mundo árabe. Trátese de Nasser en Egipto, o de Baas en Iraq o en Siria, sólo les han creado problemas cada vez más graves, apoyando en cambio sin remisión a los fanáticos retrógradas de Arabia Saudita, Kuwait o Paquistán. En Indonesia, han ayudado a la erradicación del régimen progresista y tercermundista, estimulando una noche de San Bartolomeo de comunistas, o presumidos tales, que dejó a cinco mil muertos. En Palestina, todo el mundo sabe que el desarrollo de Hamás ha sido considerado al principio como una excelente cosa por los servicios israelíes, contra la hegemonía del Fatah cuyo proyecto era, recordémoslo, una Palestina laica y democrática, y que contaba con cristianos entre sus rangos. Finalmente, los talibanes mismos son una creación combinada de paquistaníes y estadounidenses, contra la llegada al poder en Kabul de posibles aliados sea de los rusos sea de los chinos sea de los iraníes.

El conjunto de esas maniobras descalifica la pertinencia del atributo “islamita” cuando se trata de nombrar a los enemigos “terroristas” de los Estados Unidos.

Notemos el estatuto singular de lo que podemos llamar la instrumentalización de una instrumentalización. Algunos clanes de políticos instrumentalizan la religión, en el Medio Oriente o en otros lugares, para servir a sus proyectos (de hecho: para instalarse en el poder en vez de otros clanes envejecidos o desacreditados). Los gobiernos americanos intentan frecuentemente instrumentalizar esa instrumentalización, con vistas a guardar el control sobre tal o cual situación. Pero la instrumentalización de una instrumentalización es un mecanismo delicado. Está expuesto a brutales desvíos. Así, los Estados Unidos (y los franceses, muy activos en aquel entonces) han instrumentalizado a Saddam Hussein, quien instrumentalizaba la oposición de los sunitas y los chiítas contra su vecino iraní. La intención de los “occidentales” era romper el régimen de la revolución iraní, la intención de Saddam Hussein, constituirse en gran potencia regional. El resultado: una guerra terrible, al estilo de la guerra de 1914-1918, centenares de miles de muertos, el régimen iraní consolidado, y Saddam que se ha vuelto un personaje incontrolable, luego un enemigo “terrorista”. Como la misma historia se ha producido con los talibanes, proponemos como regla a los Estados: “Instrumentalicen con cuidado una instrumentalización”. Sobre todo con la religión, rareza subjetiva, poco manejable por políticos crueles y retorcidos .

En realidad, el atributo “islamita” disimula unas operaciones político-estatales, generalmente poco agradables y que importa no llevar al conocimiento general, detrás de categorías “culturales” cuyos resortes subjetivos se pueden activar a gusto. Por mil razones es fácil despertar, en Francia, una especie de celo antiárabe, tanto en su forma vulgar y postcolonial que le da la extrema derecha como en su forma más historicista y “ética” que le da la pequeña burguesía intelectual, feminista o zionista. Veremos entonces que unos se ponen contentos que se bombardee a Kabul para “liberar a las mujeres afganas”, otro dice que, con todo, Israel sacará beneficios de la situación, mientras que un tercero pensará que una masacre de “micos” es siempre algo bueno. Todo eso no tiene nada que ver estrictamente hablando con el crimen de Nueva York, ni en sus causas, ni en su forma, ni en sus efectos reales. Pero todo eso, convalidando el sintagma “terrorismo islamita”, reúne bajo la bandera de la cruzada vengadora a entusiasmos varios y, sobre todo, a numerosas inercias.

La lección filosófica entonces es la siguiente: cuando se le adjunta a una sustancia formal (como lo es cualquier derivación sustantiva de un adjetivo formal), un atributo no tiene otra consistencia que no sea la de dar un contenido aparente a una forma. Mi convicción es que, en “terrorismo islamita”, el atributo “islamita” no tiene otro contenido que no sea el de dar un contenido aparente a la palabra “terrorismo”, siendo ella misma vaciada de todo contenido (político, en este caso). Se trata de una historización artificial, que deja lo que ha pasado (el crimen de Nueva York) en lo impensado. Lo cual no prohíbe, sino que impone que se inicie en ese impensado, en nombre del vocablo inconsistente que lo designa (el “terrorismo islamita”), una especie de historia a contrapelo del período que se abre.

¿Cuál “guerra” contra el “terrorismo”?

Lo que llega, nos dicen nuestros gobiernos, es “la guerra de las democracias contra el terrorismo islamita”. Larga y dura época.

Pero ¿por qué “guerra”? Así como “terrorismo” e “islamita”, esa palabra, “guerra”, con respecto a la situación, es muy problemática. Sostenemos que “guerra” es un término simétrico, también completamente formal, al muy indistinto “terrorismo”.

Es importante darse cuenta de que el uso de “guerra” (enseguida, en las declaraciones de los representantes estadounidenses, y luego, de todos sus servidores gubernamentales o de opinión) es algo nuevo. Antes, cuando los gobiernos anunciaban que era su deber “erradicar al terrorismo”, evitaban usar la palabra “guerra.” En efecto, ¿cómo declarar la guerra a unos

civiles perdidos, a unos fanáticos depositores de bombas, a una banda de anarquistas? La palabra “guerra” es aún demasiado digna, sin duda reservada a las explicaciones entre Estados. Incluso durante la interminable y muy violenta guerra colonial contra los patriotas algerianos, que movilizaba a centenares de miles de soldados, los gobiernos franceses, de Mitterrand a De Gaulle, siempre hablaron de “mantener el orden” o “pacificar”. Todavía hoy, para ajustar cuentas con los nacionalistas chechenos, con los mismos métodos que los franceses en Algeria hace cuarenta años (tortura sistemática, campos de detención, destrucción de pueblos, violación de mujeres, etcétera), Putin evita decir que hay una guerra propiamente dicha. Es una vasta operación de policía: “irán a buscar”, para usar sus palabras, “a los terroristas hasta en el excusado”, y así sigue. En resumen, al “terrorismo” los gobiernos oponen la represión, generalmente bajo sus formas más violentas y más abyectas, pero siempre en el registro simbólico de la policía.

¿Por qué, entonces, en el caso que nos ocupa, se trata de una guerra, incluso y sobre todo en su registro simbólico? El crimen de Nueva York, como cualquier crimen, llama a la movilización policial para captar y juzgar a los autores o sus comendadores. Para ello se utilizarán, sin duda alguna, los muy poco éticos y tremendos métodos de los “servicios” modernos. Pero, ¿la guerra?

Es mi tesis que la potencia imperial estadounidense, en la representación formal que se hace de sí misma, encuentra en la guerra su forma privilegiada, incluso la única, para atestiguar su existencia. Hoy observamos, por lo demás, que la poderosa unidad subjetiva que lleva consigo a los estadounidenses en su deseo de venganza y de guerra se despliega inmediatamente alrededor de la bandera y del ejército.

Los Estados Unidos se han convertido en poder hegemónico en la guerra y por la guerra, entre la guerra interna, la llamada guerra de Secesión (la primera guerra moderna, por sus medios industriales y la cantidad de muertos), luego las dos guerras mundiales y, finalmente, la serie ininterrumpida de guerras locales e intervenciones militares de todo tipo, desde la guerra en Corea hasta el actual saqueo de Afganistán, pasando por Líbano, Bahía de Cochinos, Vietnam, Libia, Panamá, la guerra del Golfo, Serbia, para no hablar del apoyo continuo a Israel en su guerra sin fin contra los palestinos. Desde luego, se añadirá que los EE.UU. han ganado la “guerra fría” contra la URSS en el terreno de la rivalidad militar (el proyecto “guerra de las estrellas” de Reagan empujó fuertemente a los rusos a colgar los guantes) e intentan hacer lo mismo contra China, a la cual piensan desanimar de cualquier proyecto de superpotencia imponiéndole una carrera armamentista agotadora (es el único sentido del proyecto faraónico del “escudo antimisiles”).

Todo lo cual debe recordarnos en esos tiempos de obsesión economista que el poder continúa siendo en última instancia militar. Incluso la Unión Soviética, por más desgastada que se encuentre, mientras seguía siendo considerada (empezando por los estadounidenses) una gran potencia militar, siguió codirigiendo el mundo. Los EE.UU. tienen hoy el monopolio de la proyección agresiva de enormes fuerzas de destrucción y no vacilan en usarlas. Vemos las consecuencias incluso en la idea que el pueblo estadounidense guarda de sí mismo y de lo que puede hacer. Esperemos que los europeos –y los chinos– saquen de esa circunstancia la lección que se impone: a quien no vigila cuidadosamente a su fuerza armada, sólo se le promete la servidumbre.

Así, forjados –aparte del genocidio de los indios y la importación esclavizada de decenas de millones de negros– en la permanente barbarie de la guerra, los Estados Unidos consideran naturalmente, como si nada, que la única respuesta a su altura es una espectacular escenificación de poder. El adversario que se elige importa poco, en verdad, y puede estar completamente separado del crimen. La pura capacidad de aniquilar eso o aquello será suficiente, incluso si se trata finalmente de miles de pobres diablos, o de un “gobierno” fantasma. Cualquier guerra conviene, en suma, a condición de que la apariencia de victoria sea aplastante.

Tenemos a la guerra (y la seguiremos teniendo, si los EE.UU. continúan en Somalia, en Irak, etcétera) como forma abstracta para la captura teatral de un adversario (el “terrorismo”) que es esencialmente indistinto y al que no se puede agarrar. La guerra contra nada, excepto lo que justamente se sustrae a toda guerra.

Paréntesis sobre el “antiamericanismo”

Algunos “intelectuales” han juzgado oportuno el momento para estigmatizar al antiamericanismo compulsivo cuyas víctimas serían los “intelectuales” franceses. Sabemos que en ese tipo de polémica, los intelectuales-periodistas llaman “intelectuales franceses” a los intelectuales-periodistas que no comparten su opinión. De repente, la palabra “intelectual” se pronuncia tanto más cuanto más ausente es la intelectualidad. También se requiere que cada campo se declare perseguido y minoritario, en la medida en que sólo reúne a unos viejos mercenarios que se ven todos los días en la televisión y que, por su palabra o por su figura, no faltan en ninguna revistilla. Así nos han regalado el espectáculo de Jacques Julliard o de Bernard-Henri Lévy, editorialistas particularmente copiosos, presentándose como solitarios justicieros, agotados por el cansancio de tanto luchar en la buena batalla de la libertad y la modernidad contra la horda persistente, esclavista y arcaica de los “intelectuales franceses”.

El argumento central de esos héroes de la alianza fraternal con los bombarderos estadounidenses se reduce a lo siguiente: que estar en contra de los EE.UU., en este asunto así como en muchos otros, significa estar en contra de la libertad. Nunca culpable de ser demasiado delicado, Bernard-Henri Lévy declara que el antiamericanismo es fascista. En cuanto a Julliard, literalmente crepuscular de tanto tener razón, su axioma es que los “intelectuales franceses” no aman a la libertad.

Podríamos contentarnos diciendo que una orientación de pensamiento, por el solo hecho de que Bernard-Henri Lévy la declara “fascista”, merece al menos que le demos nuestra atención. Añadiríamos que si la “libertad” es la que se parece, intelectual o políticamente, a Jacques Julliard, seguramente vale más no ser libre.

Nos contentaremos diciendo lo siguiente: si hay una gran potencia imperial única y siempre convencida de que sus intereses más brutales coinciden con el Bien; si es verdad que los EE.UU. gastan todos los años, en su presupuesto militar, más que Rusia, China, Francia, Inglaterra y Alemania juntas; si ese Estado entregado a la desmesura militar no tiene otro ídolo público que no sea la riqueza, otros aliados que no sean sus sirvientes, ni otra mirada hacia otros pueblos que no sea mercantil, indiferente y cínica; entonces la libertad elemental de los Estados, pueblos, individuos, queda completamente por hacer y por pensar, sustrayéndose, en la medida de lo posible, a los imperativos, las intervenciones y las injerencias de esa potencia imperial.

“Antiamericanismo” no quiere decir nada. El pueblo estadounidense ha contribuido admirables invenciones a la humanidad en todos los terrenos de la experiencia. Pero hoy no puede haber la menor libertad política, la menor independencia de pensamiento, sin una lucha constante y terca contra el *imperium* de los EE.UU.

Claro, uno siempre puede tener como única ambición la de ser considerado por los amos de Washington su servidor más celoso. De vez en cuando parece que Tony Blair sueña, para su vieja Inglaterra, con el descanso póstumo que significaría convertirse en el estado número cincuenta y uno de la Unión. Nos hace pensar en esos “reyes” vasallos de Roma cuya pusilanimidad muestran algunas tragedias de Corneille: “¡Ah! ¡No hagan que me pelee con la República [romana]!” le dice Prusias, el Pétain de Bitunia, a la figura de resistencia potencial que es Nicómeda. Déjennos estar de lado de Nicómeda, considerando que nuestra libertad tiene como condición inevitable la de estar peleados, seriamente peleados, con la “democracia” estadounidense, como el héroe corneliano con la “república” romana. Peleados, podríamos decir, “a muerte”. Porque la potencia estadounidense sólo es la

garantía mortífera de la obscena acumulación de riquezas. El ejército estadounidense es el instrumento de la raza de señores “occidentales” contra los pulgosos de la tierra entera.

La síntesis disyuntiva de dos nihilismos

Debemos volver a nuestro punto de partida: la filosofía de cara al acontecimiento. Hemos procedido a esa etapa crítica mayor que es siempre la destitución de vocablos. Del enunciado consensual “la guerra de las democracias contra el terrorismo islamita”, no queda gran cosa que sea inteligible.

Entonces, ¿cuál es nuestra propia fórmula? Diré, felizmente tomando prestado un concepto de Gilles Deleuze: lo que atestiguan el crimen de Nueva York y las guerras que le siguen, es la *síntesis disyuntiva de dos nihilismos*.

Aclaremos ese aforismo.

Hay síntesis, por lo que los actores principales de todo eso pertenecen en nuestra opinión a una misma especie. Sí, Bin Laden, el comendador del crimen, sea quien sea, por un lado, y los fundamentos de la superpotencia estadounidense, por otro, pertenecen al mismo mundo, aquel mundo –nihilista– de la potencia ciega, de la rivalidad cínica, del oro escondido de las materias primas, del desprecio total por la vida ordinaria de la gente, de la arrogancia de una seguridad de sí mismo basada en el vacío. Y de la palabrería religiosa y moral que se pega sobre todo eso: el Bien, el Mal, Dios, sirven como ornamentos retóricos, de un lado como del otro, a esas justas de la ferocidad financiera, a esos complots del poder hegemónico.

Hay disyunción, por lo que es inevitablemente bajo la forma del crimen que esos actores se buscan y se encuentran. Que el crimen sea el de Nueva York, crimen privado y suicida secretamente planeado, o que sea el crimen de Kabul, de Kandahar y de otros lugares, crimen estatal reforzado mediante máquinas anestesiadas, portadoras de la muerte para los demás y “zero muerto” para uno mismo.

El crimen masivo es el reverso exacto de la brutalidad imperial. Estaba cosido a él como un forro, y su equipo, real o prestado (Bin Laden, los talibanes, etcétera) viene directamente de las cocinas interiores de la hegemonía estadounidense, ha sido educado, financiado, por ella, sólo desea un lugar selecto en su sistema. La religión, allí, sólo es un léxico demagógico, que no vale ni más ni menos que el “anticapitalismo” populista de los fascistas en los años treinta. Se habla en nombre de los “desheredados” musulmanes, pero se trata de convertirse en millonario saudita, es decir estadounidense, así como se hablaba de “trabajador” alemán, sólo para convertirse en comensal de Estado de los mercaderes de cañones. Con Bush, uno tiene de su lado a Dios, el Bien, la Democracia y también América (es la misma cosa), para cazar el Mal, pero en realidad de lo que se trata es de recordarles a todas las criaturas imperiales desobedientes que serán reducidas a cenizas si se imaginan que pueden morder al Amo. Si no ellos, entonces sus parientes. ¡Es la vendetta aérea, por dios! Y si no sus parientes, los que los hospedan, malditos sean. Y si no sus hospederos, cualquier desgraciado que se les parezca vagamente será suficiente. Como declaró el Secretario de Defensa Rumsfeld, con esa franqueza en el habla que caracteriza a los cazadores imperiales, de lo que se trata es de matar al mayor número posible. Hay que decir que le echaron una mano aquellos suaves profesores de las universidades estadounidenses que se preguntaban si no sería útil, dada la circunstancia, usar la tortura. A lo que otros profesores, aún más finos, objetaron que sería en todos los sentidos preferible enviar a los sospechosos a países amigos donde la tortura sería un método oficial. Según las últimas noticias, se les amontona, drogados y encadenados para el transporte, en miles de celdas construidas a toda prisa en la base de Guantánamo: en la isla de Cuba, aprecien la ironía.

Así como el crimen en Nueva York, la guerra estadounidense está desvinculada de cualquier derecho, indiferente a cualquier proyecto. Por ambos lados, de lo que se trata es de golpear

acontecimiento N° 23 - 2002

a ciegas, para demostrar la capacidad para el golpe. Se trata de juegos nihilistas y sangrientos de la potencia sin finalidad, sin verdad.

Que el crimen de Nueva York sea nihilista, todos los rasgos formales lo indican: la sacralización de la muerte, la indiferencia absoluta hacia las víctimas, la transformación de uno mismo y de los demás en instrumentos.... Pero no hay ninguna prueba como el silencio, el terrible silencio de los actores y autores de ese crimen. Porque la violencia política no nihilista, afirmativa, liberadora, no sólo es siempre reivindicada, sino que encuentra su esencia en la reivindicación. Cuando los primeros miembros de la resistencia, en 1941, matan a un oficial alemán o hacen que explote una torre eléctrica, sólo es para poder decir: "¡Somos nosotros, los de la resistencia! ¡La resistencia existe y continuará atacando!" El tratado o tracto, que dice quién hace qué, por más peligroso que sea, debe acompañar al acto. La violencia es, forjemos esa palabra híbrida, un Tracto. Nada de eso hoy. El acto sigue sin nombrarse, anónimo, como todos los actos de bandidos. Veremos que es un signo infalible de una especie de nihilismo fascista.

Frente a este último, tenemos el nihilismo para el cual es apropiado el viejo nombre de "capital". Das Kapital. En su forma extendida, cuando el mercado realmente se vuelve mundial. En su fetichización del formalismo de la comunicación. En su extrema pobreza política: la ausencia de cualquier otro proyecto que no sea la perpetuación de la hegemonía, para los estadounidenses, y del vasallaje, lo más cómodo posible, para los demás.

En su aspecto estructural, ese nihilismo puede llamarse un nihilismo de la igualdad virtual. Por un lado, los gobiernos que están a su servicio organizan monstruosas desigualdades, incluso ante la vida pura y simple. Si usted nace en África, vivirá quizá treinta años, si usted nace en Francia, ochenta. Así es el mundo "democrático" contemporáneo. Pero al mismo tiempo (y es lo que sostiene en las mentes la ficción democrática misma), hay un dogmatismo igualitario, el de la igualdad en el cara a cara de las mercancías. La misma mercancía se ofrece por todos lados. Armada con esa universal oferta mercantil, la "democracia" contemporánea puede forjar allí al sujeto de su igualdad abstracta: el consumidor, aquel que, virtualmente, ante las mercancías, se supone que es idéntico a todos los demás en su humanidad abstracta del que compra. El hombre del mercado, en tanto hombre (o mujer), es el mismo que cualquier otro, en la medida en que mira el mismo escaparate. El que uno tenga menos dinero que otro, y por consiguiente no pueda comprar igualmente, es una contingencia secundaria y, además, de eso no tiene la culpa nadie (¿quizá él mismo, mirando de cerca?). En principio cualquiera, siendo capaz –en derecho– de comprar cualquier cosa que se vende, es igual a cualquier otro.

Sin embargo, sabemos que esa igualdad no es nada excepto resentimiento y frustración. Con todo, es la única igualdad que pueden reclamar juntos los gobiernos "occidentales" y los "terroristas" millonarios.

En su aspecto circunstancial, el nihilismo capitalista ha llegado a la etapa de inexistencia de cualquier mundo. Sí, hoy no hay ningún mundo, sólo hay situaciones singulares y deshilvanadas. No hay mundo simplemente porque la mayoría de los habitantes del planeta no reciben hoy siquiera el don de un nombre, de un simple nombre. Cuando existían la sociedad de clases, los partidos proletarios, o los que se presumían tales, la URSS, las guerras de liberación nacional, un campesino cualquiera de un país cualquiera podía recibir un nombre político. Así como cualquier obrero de cualquier ciudad. No diré que su situación material era mejor, sin duda que no, ni que su mundo era excelente. Pero su situación simbólica existía, y ese mundo era un mundo. Hoy, fuera de los grandes y pequeños burgueses de las megalópolis imperiales que se autoproclaman "la civilización", sólo se encuentran excluidos anónimos. "Excluido" es el nombre de quien no tiene ningún nombre, así como "mercado" es el nombre de un mundo que no es un mundo. Al nivel de los hechos, fuera de los proyectos tenaces de aquellos que dan vida al pensamiento, inclusive al pensamiento político, en unas pocas situaciones singulares, sólo está el ejército estadounidense.

Para concluir: ¿La filosofía?

Si la situación es tal como la describimos –síntesis disyuntiva de dos nihilismos–, ella es enormemente problemática, como se puede ver. Anuncia la repetición de los desastres.

La filosofía tiene por lo tanto la tarea de acoger en el pensamiento todo lo que se mantiene fuera de esa síntesis. Todo lo que se apropia afirmativamente de un punto de lo real, elevándolo a símbolo, la filosofía lo trata como condición de su propio devenir.

Pero para ello, debe romper con lo que hace que ella misma entre en los circuitos del nihilismo, todo lo que la retiene y que cancela su poder afirmativo. Hay que ir más allá del motivo nihilista del “fin de la metafísica occidental”. Más generalmente hablando, hay que distanciarse de la herencia kantiana del perpetuo examen de fronteras, de la obsesión crítica, de la forma estrecha del juicio.

En una palabra: es esencial romper con el motivo, hoy día omnipresente, de la finitud. De origen tanto crítico como hermenéutico, visto tanto por los positivistas como por los fenomenólogos, el motivo de la finitud es la forma discreta mediante la cual el pensamiento se doblega de antemano ante la modestia que le invita a conservar, bajo todas las circunstancias, el feroz nihilismo contemporáneo.

El deber de la filosofía entonces queda claro: reconstituir racionalmente la reserva del infinito afirmativo que todo proyecto de liberación exige. La filosofía no es, no ha sido jamás, aquello que dispone por sí sólo las figuras efectivas de la emancipación. Ésta es la tarea primordial de lo que se concentra en el pensar-hacer político. Pero la filosofía es como el desván donde, en tiempos difíciles, se acumulan algunos recursos, se guardan algunas herramientas, se afilan algunos cuchillos. Es ella sin duda la que propone a todas las otras formas de pensamiento una amplia reserva de instrumentos. Esta vez, es del lado de la afirmación y de lo infinito que debe seleccionar y acumular sus recursos, sus herramientas, sus cuchillos.

Traducción de Bruno Bosteels y Simone Pinet